

COMEDIA FAMOSA.

LA PERFECTA CASADA, PRUDENTE, SABIA, Y HONRADA.

DE ALVARO CUBILLO DE ARAGON.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES
El Rey de Sicilia.
Aurelio.
Federico.



Alexandro.
Don Cesar.
Estefania.



Dorothea.
Rosimunda.
Calvatuerno, gracioso.

JORNADA PRIMERA.

Salen el Rey de Sicilia, Aurelio viejo, Estefania su hija, Dorothea criada, Federico, y Alexandro, Cavaleros.

Aur. ESTE es, señor, mi cuidado, y como á dueño, y señor, en cuyo heroyco valor Sicilia el suyo ha librado, por acertarle, y salir dea, fíarosle he querido, de quanto he servido, premio el llegarle á admitir. Alexandro, y Federico, á quien presentes teneis, y á quien siempre honrado haveis, generoso, franco, y rico,

son mis sobrinos, y son en nobleza, y sangre iguales.

Rey. De vasallos tan leales no os pido satisfaccion.

Aurel. Los dos, pues, señor, los dos, á un mismo tiempo, en un dia, pidieron á Estefania por muger; bien sabe Dios, que estimo sus calidades, y que si posible fuera la division, dividiera una hija en dos mitades, en dos porciones un ser, en dos partes un sugero. Quedé confuso en efecto, viendo, que no puede ser,

A

VELL

La Perfecta Casada.

2

vencer aqueste imposible,
y que solo sabe Dios
contentar à un tiempo à dos
con un premio indivisible.

A este llevo à vuestros pies
con mi hija, y con los dos,
para que dandola á vos,
ninguno pueda despues
mostrarse de mí ofendido:

Rev sois prudente, y Christiano,
dadla vos de vuestra mano
á quien fueredes servido.

Rey. Aurelio, yo agradeciera,
que de tan nuevo cuidado
me huvierades escusado,
pues mas puesto en razon fuera
el haverlo remitido
à Estefania, que en rigor,
no sé si esto ha sido amor,
ó flaqueza vuestra ha sido;
porque haveros escusado
de carga tanta, y querer,
que en la quexa venga à ser
yo solamente el culpado,
no es amor, aunque lealtad
digna de vuestra nobleza.

Aurel. Quise hacer à vuestra Alteza
dueño de mi voluntad,
que como el Cielo concierta,
con auxilios superiores,
su acierto en cosas mayores,
nunca yerra, y siempre acierta.

Rey. Yà es fuerza, que así lo entienda;
y pues vos os resolvisteis,
y dueño, Aurelio, me hicisteis
de esta amorosa contienda,
saber me toca primero
lo que dice Estefania.

Estef. Nunca yo, señor, soy mia:
à mi voluntad, prefiero
la de mi padre, y pues ya
la suya os ha resignado
al uno, y otro cuidado,
por mí respondido está.

Alex. Vuestra Alteza haga elección,
señor, en el mas dichoso,
considerando piadoso,
que alienta mi pretension

el licito galantèo
de un año, donde yo he dado
finezas á mi cuidado,
y ocasiones á mi empleo.

Feder. No es causa el haver servido
el corto espacio de un año,
para que sea en mi daño
Alexandro preferido:
porque en la amorosa llama
la voluntad encendida,

es breve espacio la vida
para servir, à quien ama.
Y en los milagros de amor,
el que mas luce, y campea,
es hacer, que una hora sea
capaz de mayor favor:

porque por modos estranos,
que el mas advertido ignora,
puede querer en un hora
lo que otros en muchos años,

Alex. Querer tanto, y amar tanto,
confieso, que puede ser;
pero no es posible haver
servido en un hora tanto.
Luego ya la prenda amada,
servida, y apetecida,
bien se hallará tan querida,
pero no tan obligada.

Feder. Ese es distinto argumento,
y tan distinto en rigor,
que no le toca al amor,
sino al agradecimiento.
Mucho el que sirve merece,
mas viene distinto à ser
el amar, ó agradecer,
pues sin amar se agradece;
y por el contrario, estar
es posible de amor ciego,
sin agradecerlo: luego
no es agradecer amar.

Rey. Está muy bien arguido,
y en la duda que se ofrece,
qualquiera de ambos merece,
ser llamado, y escogido;
pero solo me dexad,
para que lo piense aqui.

Alex. Oy pongo mi vida en ti.
Feder. Oy vivo en tu voluntad.

Rey. Estefanía, ya es justo,
 que sola me aconsejéis,
 ya es bien que me reveleis
 las leyes de vuestro gusto.
 Estef. Ya, señor, ya de mi pecho
 supisteis lo que he de hacer,
 mi gusto es obedecer
 la ley que mi padre ha hecho.
 Rey. ¿Alexandro no es galán?
 Estef. Galán, cortés, y entendido.
 Rey. Federico no ha sabido
 merecer? Estef. En él están
 las partes de un Cavalleto,
 prudente, discreto, y sabio.
 Rey. A qual he de hacer agravio?
 Estef. ¿A ninguno. Rey. Pues no quiero
 casaros, Estefanía,
 ni es bien que vos me pidais,
 que quando cuerda escusais
 la culpa, la haga yo mia.
 Si á Federico prefiero,
 queda Alexandro agraviado;
 si á este la doy, soy culpado
 en el amor del primero;
 y así, pues de mi eleccion
 ha de estar quejoso el uno,
 con no darsela á ninguno
 talgo de esta confusion.

Tocan cajas.

Mas qué es esto?
 Arrel. Que ha llegado
 el General de tu Armada
 Don Cesar. Rey. Valiente espada!
 gran Ministro, y gran Soldado!
 decid, que me venga á vér.
 Arrel. Ya, señor, á tus pies llega,
 Sale Don Cesar de Soldado, y con él
 Rosimunda dama, y Calvarrieno, la
 criado.

En fé de que no se niega
 á la dicha del vencer
 la Real presencia, señor,
 luego á tus pies besado,
 que con haverlos confiado,
 soy dos veces vencedor.
 Rey. Alzad, Don Cesar, que intento
 dar oy á mis triunfos gloria.
 Cesar. Esta es señor, mi victoria,

para oírlos os quiero atento.
 Despues que dexé à Sicilia,
 y por saladas espumas
 à la braveza del mar
 puso tu Armada coyunda:
 Despues que del Faro odioso
 doblé los cabos, y puntas,
 huyendo del Promontorio
 las abrasadoras lluvias,
 cuyos flamantes bostezos
 casi las olas enjugan,
 con diez ligeros baxeles,
 que sin vanidad de pluma,
 abestruces de las aguas,
 las vuelan, y las fluctúan,
 corrí las Costas Turquescas,
 buscando sus medias lunas,
 para que à crecer llegasen
 mis esperanzas difuntas.
 Ya sabes, señor, ya sabes,
 que quatro Galeras Turcas
 del Cosario Barbarroja,
 aborto de la fortuna,
 infestaron nuestras Costas,
 de su traycion mal seguras,
 tres lustros avrá; y ya sabes,
 que entre muchas veces, una,
 que pudo su atrevimiento
 la arena pisar enjuta,
 robó de mi propia casa
 à una hermana mia segunda,
 de dos años no cabales:
 desgracia, señor, tan mucha,
 que en Segismundo mi padre
 abrevió su edad caduca,
 General fue de tu Armada;
 y yo, que á vengar su injuria
 nací, y crecí en tu servicio,
 desde el que la pica empuña,
 al que la rodela abraza,
 peto, y morrion ocupa,
 espada tajante cinea,
 baston terciá, y vanda cruzá,
 por hacerla mas sangrienta,
 no una vez sola, sí muchas,
 he penetrado del mar
 las alcobas, y las urnas.
 Tanta sangre he derramado

de aquesta Nacion perjura,
 que ha navegado tal vez
 tu Armada en olas purpureas;
 pero esta sola, señor,
 por mayor que todas juntas,
 si hace mayor tu victoria,
 mas mi venganza asegura.
 Di vista en aquellos mares
 á quatro valientes Urcas,
 que à Alexandria pasaban,
 tan soberbias, como tuyas,
 tan valientes, como nuestras,
 tan veloces, tan astutas,
 que sin dexar de ser montes,
 eran sacres de la espuma.
 Seguienlas seis Gleras
 Reales, de cuya chusma
 las voces daban indicios
 de prevenirse à la fuga.
 Y llevaba una hija suya
 á casar con el Visir
 del Cayro: ¿Quién dificulta
 que sería la prevencion,
 como las riquezas, mucha?
 Yo entonces, dando à mi Armada
 ordenes breves, que cumpla,
 les corté el mar, disparando
 una pieza, que promulga
 la batalla; hicieron alto
 yo me junto, ellos se juntan,
 y enarbolando Estandartes,
 la ultima seña escuchan.
 A baróvento me aplico,
 tambien hacerlo procuran,
 y disparándose à un tiempo
 de los cañones la furia,
 arde el mar, turbase el viento,
 y el Sol del humo se oculta.
 No así la preñada nube
 el fuego que disimula
 violenta arroja; no así
 de espeso gratizo
 los ayres, porque la tierra
 llena de mieses destruya.
 Como de las dos Armadas
 balas, y flechas anuncian
 fatal ruina, fin incierto,

duro estrigo, y suerte dura,
 unos Sicilia repiten,
 otros Turquía pronuncian,
 y en la mitad de las voces,
 la fiera guadiña aguda
 de la muerte, si copba
 los finales que articulan.
 En humo, y en sangre embuelcos,
 duda el mar, y el viento duda,
 si el ultimo parasismo
 la naturaleza escucha.
 Bolca es suben al Cielo,
 que las nubes atribulan,
 y tyranizando esferas,
 el ageño imperio usurpan.
 Todo es confusio, y espanto,
 solamente el odio triunfa,
 buscando para la muerte
 nuevos arbitrios, é industrias.
 Al fin, señor, abordando,
 á la Capitana Turca
 pude llegar con la mia,
 aunque el mar lo dificulta;
 y abrazada una rodela,
 cortando cabes, y gúmeras,
 llegué à la cruzia, adonde
 de la Genizara turba
 lo mas florido esperaba,
 y todos juntos me buscaban.
 Acometiles bizarro,
 y el que ventajas procura,
 con escarmientos mortales
 halló en su orgullo su tumba.
 Hecho un Espin de sacras,
 y pisando sepulturas
 de sangre, y cuerpos mal vivos,
 porque aun no muertos se juzgan,
 al arbol mayor llegué,
 donde la espada desnuda
 hallé al General; y viendo,
 que la victoria se funda
 en sola esta vida, y tantas,
 ó la niegan, ó la ofuscan:
 sacando el ultimo esfuerzo,
 me arrojé con una punta,
 que hizo, á pesar del jaco,
 cierta la dudosa lucha.
 Vitoria dixé, y apenas

mi voz los ayres ocupa,
quando zbatí el Estandarte
con tanta menguante Luna.

Cesó la naval pendencia,
y las campañas ceruleas
parece que descansaron
de la pasada fortuna.

A la camara de popa
llegué (aquí, señor te busca
con m s atencion mi afecto,
en un estrado de flores

(si por flores se reputan
damascos, y terciopelos,
que colores tantos juntan)
estaba esta hermosa dama,

tan severa, tan augusta,
tan hermosa, tan vizarra,
que temí su compostura

mas que la Armada Turquesca,
flechas, ó rayes espuma.
Bizarra, como Otomana,

noble, como Griega, y Turca,
y hermosa, como ella propia,
me suspendió de tal suerte,

tan ageno me despulsa,
que se perdió la memoria
en lo mismo que la ocupa.

Pero reparado luego
en que ni el temor la acusa,
ni la victoria la ofende,

ni la prision la atribula,
de casi llegué à presumir
ó que alguna deidad fuese,

ó que estaba sorda, y muda.
Mas sacome deste engaño
con una cortés pregunta,

que á nuevas admiraciones
pudo ocasionar mis dudas.
¿eres (dixó) eres acaso

el General, que viucula
su nombre en eternos bronces,
y en inmortales columnas?

Yo soy (dixó) y ella entonces
con mas grave compostura
prosiguió diciénno : Advierte,

que soy Lizara, hija unica
de Haccéu Baxa, cuñado
del Gran Señor, y que es mucha
tu victoria, si sobrevio

con ella no te deslumbras.
Yo iba à casarme al Cayro;

pero sin duda ninguna,
el Cielo, que nada ignora,
oy mis secretos divulga:

pues desde niña, inducida
de una cautiva (sin duda
Christiana, pues sus consejos

la Religion me aseguran)
á ser Christiana inclinada,
vivo Turca, sin ser Turca,

vivo Mora, sin ser Mora,
busco luz, y vivo á escuras.

Si honrosa piedad te mueve,
ya que conmigo acomulas
tantas riquezas, no niegues

esta gracia á quien la busca;
Christiana he de ser, Christiano,
y no por esto se escusa

mi esclavitud; tuya soy,
concede à mi rostro algunas
señales, que lo publiquen

al mundo, que las construya.
Yo, señor, viendome entonces

con dos victorias, la una
para poner a tus pies,
y à los de Dios la segunda,

quise arrojarme à los suyos,
mas tan cortés lo reusa,
que dió en sus hermosos brazos

laurèl, que mi frente anuda.
El Capellan de la Armada
la dió el Bautismo, y commuta

piadoso el barbaro nombre
de Lizara, en Rosimunda.
Solo à un valeroso Alcaide,

que noticia me asegura
de mi hermana, dexé libre,
prometiendole sin duda

à Lizara en su rescate;
pero ya dello me escusa
el ser Lizara Christiana,

con que no es bien que lo cumpla,
Fuese el Alcaide en efecto,

y yo alegre más que nunca,
hice fiesta à su Bautismo,
y al Cielo, que me asegura,
salva Real, disparando

de piezas una gran suma.
Dí libertad à seiscientos
Christianos, que con injuria
del Cielo estaban al remo,

y para que substituyan
su oficio, à seiscientos Turcos
puse en la misma clausura;

roqué à leva, puse en quantos
baxeles el agua surcan,
flamulas, y gallardetes,

que à los vencidos murmuran,
y dando buelta à Sicilia,
porque no se disminuía

la gloria del vencimiento,
postrado à tus pies se ilustra.

Esta es, señor, mi victoria,
toda su riqueza es tuya,
sola esta cautiva, sola

esta joya, esta hermosura,
este valor, esta gracia,
este afecto, esta cordura,

à mis servicios reservo,
si tu amor no se disgusta.

Rey. Don Cesar, vuestro valor
me tiene tan obligado,
que con veros no he estimado

la gloria de vencedor;
y pues à tal ocasion
victorioso haveis venido,

dandome por bien servido,
y en justa satisfaccion
de esta deuda, quiero daros

quanto mi amor daros pudo.

Cesar. Vuestra grandeza no dudo.

Rey. Honraros quiero, y premiaros
con prenda tan propia mia,
que vos confeséis ufano,

que la d. beis à mi mano
la mano de Estefanía.
Digna pretension ha sido

de muchos, pero también
sé que sois vos solo quien
su hermosura ha merecido.

Aurel. Vuestra Alteza se aconseja

prudente, advertido, y sabio

Rey. Así se escusa un agravio,
y se desmiente una queja.

Ces. Señor: *Rey.* No hay que replicar,

Don Cesar, este es mi gusto,
estimadla, como es justo,

y creed, que os sabe honrar
quien à tanto os prefiere.

Ces. Yo, señor solo dudaba
si Estefanía gustaba.

Rey. Estefanía gusta, y quiere
lo mismo que quiero yo.

Rosim. Sentidos, ¿estais dormidos?
¿cómo me engañais, sentidos?

mas nunca el mal se engañó,
Estef. No hay mas voluntad en mi,
que lo que manda su Alteza.

Ces. ¡O soberana belleza!
oy te gané, y te perdí.

Calv. Por Dios, que el premio es glorioso,
no hicieran mas en Turquía,
por la victoria de un día

guerra perpetua nos dan.

Rey. ¿Quien sois? *Calv.* Señor, soy un hombre,
que si vive. *Rey.* No lo condeno:

¿como os llamais? *Calv.* Calvatrueno.

Rey. Calvatrueno? ¿est año nombre!

Calv. Es linage co ocido
por un natural ultrage,
porque todo mi linage

calvo de la bolsa ha sido;
y como rayos, y truenos
caen en bolsas vacías,

dexando generalogías,
nos llamamos Calvatruenos.

Rey. El apellido me agrada.

Calv. Pues à mi, señor me ofender
quien de apellidos entiende,
dice que no vale nada:

que la mayor hidalguía,
y el apellido mejor,
no llega à tener valor,

si està la bolsa vacía.
Y así yo digo, y publico,
que no hay mayor Cavallero,

que aquel que tiene dinero,
ni mas hidalgo, que el rico.

Rey. Estefanía, dad la mano

Don Cesar: *Estef.* Soy dichosa en ser de Cesar esposa.

Ces. Murió mi dicha temprano, efimera fue mi amor:

toda mi gloria he perdido, pues lloro muerto, y vencido, quando vengo vencedor.

Doct. ¿En Don Cesar no has mirado la turbacion, la tibieza?

Estef. Ya le veo en la belleza de su esclava transformado.

Doct. ¿Pues por qué te has de casar sin gusto? *Est.* Por mi obediencia; y prudencia,

quando viniese à faltar la estimacion forzosa, que debe à mi fe constante,

para agasajarle amante, y para sufrirle esposa: esta, señor, es mi mano.

Doct. Ea, Don Cesar, ¿què aguardais? yo os obedezco.

Rosim. ¿Ha villano, que presto que presto mueves el impuro labio para pronunciar agravio,

que no dexaràs tan presto! Yo, que cautiva he venido,

en tu piedad confiada, ya que en todo desgraciada,

oy, señor, dichosa he sido; pues segura en tu piedad,

y en albricias del contento, de tu boda, y casamiento espero mi libertad.

Ces. Rosimunda, en mi concepto nunca cautiva has estado,

y tu sabes, que he tratado tu nobleza con respeto: porque en la sangre y valor,

la mas adversa fortuna, no puede hacer suerte alguna; libre estás: ¡ay ciego Amor!

Rosim. Dame licencia, que bese tu mano, y à mi señora el pie. *Ces.* Llega, que no ignora el alma tanto interese.

Llega à besar la mano.

Rosim. Vivora quisiera ser para emponzoñar la mano de un aleve, de un tirano.

Ces. Oy la vida he de perder. *De rodillas.*

Rosim. Aunque libertad me ha dado quien de ella, señora, es dueño,

en mas generoso empeno mi libertad ha quedado; pues quando cautiva estaba

de la fuerza, y del rigor, era esclava del temor, y oy soy voluntaria esclava.

Oy mi esclavitud empieza, oy mi cautiverio alabo, oy una ese, y un clavo

me pone vuestra belleza. *Besala la mano.*

Estef. Alzad, Rosimunda, alzad, que en mis brazos es razon,

que honre tanta discrecion, que admita tanta beldad,

confesando, que segura me llevais en esta calma,

con la discrecion, el alma, los ojos, con la hermosura.

Rosim. con tan divina piedad, con tan corteses razones, nuevos hierros, y prisiones,

arrastran mi libertad. *Estef.* De la libertad no os priva quien vuestra hermosura alaba,

que no puede ser esclava quien à quantos vé, cautiva;

y es divino cautiverio, pues yo os confieso de mí, que desde el punto que os vi,

reconoci tanto imperio. A esto vuestro amor me obliga,

y porque mas se creyera, vuestra amiga ser quisiera:

sed, Rosimunda, mi amiga, pues en ocasion igual, aunque no iguales estén,

à mi me estará muy bien, y à vos no os estará mal.

Rey. Ya que generoso, y rico

la libertad la haveis dado,
todo el despojo ganado
à Rosimunda le aplico.

Estef. Es obra de vuestra Alteza.

Rey. Quien tantos bienes perdió,
no es bien, quando à Dios halló,
que le falte mi grandeza:

Vos, Aurelio, à la cautiva
haced luego aposentar,
renta, y casa la he de dár,
donde, como noble, viva:
en el quarto de las Flores
la dad ahora aposento.

Aurel. Siempre à tu grandeza atento
sabes honrar con favores:
vamos, señora, de aquí.

Rosim. Por tan generosa hazaña
los pies os beso. *Ces.* Acompaña
à Rosimunda por mí.

*Vanse Aurelio, Rosimunda, y Cal-
vatrueno, y salen Alexandro,
y Federico.*

Feder. Ya, señor, havreis mirado,
aunque en espacio tan breve,
à qual de los dos se debe
el premio de su cuidado.

Alex. Y de la justicia mia
enterado, y satisfecho,
havreis visto, que en mi pecho
lugar tiene Estefanía.

Rey. Ya en igualaros cortés,
lo he mirado cuidadoso.

Feder. ¿Cuál, señor, es el dichoso?

Rey. Ninguno el dichoso es.

Fed. Mas pena, mayor cuidado
en tu respuesta se vé:
¿qual el desdichado fué?

Rey. Ninguno fue el desdichado.

Alex. ¿Pues cómo en igual porfia
pudisteis juzgarlo vos?

Rey. Porque, sin ser de los dos,
tiene dueño Estefanía.

Alex. ¿Cómo, señor? *Rey.* Yo la he dado
à quien merecerla pudo.

Ces. Dudo, y toco lo que dudo
confuso, mas no engañado.

Rey. Pretension fue de las dos
la mano de Estefanía,

y oy se la quita la mia,
Cesar, por darosla à vos:
estimadla como prenda,
que es de tantos estimada,
y aunque vale mucho, es nada,
si no quereis que me ofenda.

Vase el Rey.

Cesar. Ya, señor, ya en tal porfia
me queixo de la fortuna,
y al fin digo, que ninguna
dicha se iguala à la mia.

Buelve à salir el Rey, y reportan.

Rey. Ea, entrad, entrad conmigo:
ya estoy en esto empeñado,

ruego à Dios, que haya acercado,
Ces. Siempre à obedecer me obligo.

Estef. Apelaré à mi cordura,
que à tanto dolor se esfuerza.

Ces. Ventura dada por fuerza,
nunca llega à ser ventura.

Salen Rosimunda, y Calvatrueno.

Calv. A semejante violencia,
¿qué hay que decir, ni qué hablar?

de quién te puedes quejar?
Rosim. De nadie. *Calv.* Pues téen paciencia,

ya que estais aposentada
por mano del Rey, y ya
que alhajado está,

Rosim. Paciencia, quando à pesar
del amor, que ya tenía,

goza el bien Estefanía,
que yo pudiera gozar?

¿Paciencia? fiera inclemencia
de tus razones infiero,

quitame el amor primero,
y luego tendré paciencia:

que fuera menos rigor
en desdicha tan crecida,
pues que me quita la vida,

que me quitará el amor.
Calv. ¿Pues à Cesar no decías,
(hablando de aqueste empeño)

que le querías como à dueño,
y amante no le querías?

Rosim. Es verdad, mas considera:
Calv. Ya discurro, y considero.

Rosim. Que le quiero, y no le quiero.
Calv.

Calv. Pues dexa que otra le quiera.

Rosim. El persuadime es en vano.

Calv. Pues à ese modo de amar

llama el adagio vulgar,

el perro del Hortelano.

Y ahora con tu licencia,

ó con la de tu passion,

quiero darte una leccion

para que tengas paciencia.

Considera ya casado

á Don Cesar mi señor,

sin su gusto, y sin amor;

pasa desde aqui al enfado,

con que en la mesa ha comido,

tragando, entre mil cuidados,

mas saliva, que bocados,

todo amargo, y desabrido;

y por encubrir alli

estos pesares, y enojos,

la servilleta en los ojos,

y los ojos solo en ti.

Considera en la segunda

parte desta leccion mia,

que al decir Estefania,

yerro, y dice, Rosimunda;

y que la novia, à quien tocá

te le queda atravesado,

con el bocado en la boca.

Y tras destes accidentes,

quando la mesa se alzó,

de requiebros, que no oyó,

se está limpiando los dientes.

Considera (qué mancilla!)

que se van tras deste enfado,

ella à llorar à su estrado,

y él à penar à una silla.

Mide, pues, esta violencia

con los pasados regalos,

y à mi me maten á palos,

si no tuvieres paciencia.

Oye, aguarda, ten valor,

que mi señor viene à verte.

Rosim. Eso no, basta una muerte,

no tantas, que es gran rigor.

Calv. Pase à entrar, sale Cesar y destienala.

Cesar. Detenete, no quieras dar,

despues de tantos enojos,

ese pesar à mis ojos,

y à mi vida ese pesar.

Rosim. Don Cesar, ya es imposible

quien se casó, y me dexó,

no ha de permitir, que yo

sufra dolor tan terrible.

Ya en efecto te perdí,

no merecí ser dichosa,

estate allá con tu esposa,

dexame penar à mi.

Cesar. El Cielo todo es testigo,

que nunca de mi has faltado;

¿qué importa haverme casado,

si el alma quedó contigo?

¿Vés aquella compostura,

aquel agrado, y limpieza,

aquella honesta belleza,

aquella casta hermosura,

aquel desvelo, y cuidado,

aseo, puntualidad,

regalo, y curiosidad

con que se sirve un casado?

Pues todo en mí viene à ser,

como por fuerza lo miro,

entre uno, y otro suspiro,

medios para aborrecer.

Rosim. Dexame, Cesar, que es cosa

terrible, y es affigitme,

venir aqui à referirme

los regalos de tu esposa.

Por lo menos ya has pintado

su aseó, su honestidad,

cuidado, afabilidad:

Dios te haga bien casado;

que si hará, pues para serlo,

y para que el bien se goce,

quien, como tu, lo conoce,

cerca está de agradecerlo.

Quiere irse.

Ces. No te has de ir. *Rosim.* ¿O qué porfia!

suelta, Cesar, suelta, acaba,

yo no soy mas, que tu esclava.

Cesar. No eres sino el alma mia.

Salen Estefania, y Dorotea con mantos.

Estef. Qué dulce voz! *Ces.* Solemniza

la fuerza de mi cuidado.

Venlas, y apartanse.

Calv. Con los huevos hemos dado

en medio de la ceniza.

Díot. Esto sufres? *Ces.* Vive Dios. *ap.*

que estoy corrido, y turbado.

Calv. O, lo que sufre un casado! *ap.*

bien lo saben mas de dos.

Estef. Señor, de ser Cortesano

muestras evidentes dáis

y pesame de que hayais

ganadome por la mano;

mas quien sus obligaciones,

como vos, sabe cumplir,

no aguarda para venir

ciadas, ni prevenciones.

Y vos, Rosimunda hermosa,

perdona si me he tardado,

que en visitas de cuidado

me precio de escrupulosa.

En la presencia del Rey

no os hablé como quisiera,

ni cosa decente fuera

faltar al respeto, y ley,

que se debe à su grandeza;

y asi os vengo à visitar,

por poder mejor gozar

de vuestro ingenio, y belleza.

Rosim. Señora, à tanto favor

estoy muy reconocida:

esto es quitarme la vida, *ap.*

y acrecentarme el dolor.

Estef. A fé que lo mereceis,

y que el ingenio, y persona

es digno de una Corona.

Rosim. Merced, señora, me haceis.

Calv. ¿Qué te parece? *Ces.* Que estoy

viendo el mayor imposible.

Calv. El lance ha sido terrible.

Ces. Creo que de marmol soy.

Estef. Quiero yo à Don Cesar tanto,

y es mi pasion tan estraña,

que qualquiera cosa suya

tiene lugar en mi alma;

quiero lo mismo que él quiere,

alabo lo que él alaba,

estimo lo que él estima,

y amo lo mismo que él ama;

y asi, bella Rosimunda,

de mi hacienda, de mi casa,

de quanto yo soy, podeis

disponer con mano franca,

porque vos lo mereceis,

y porque sé yo que agrada

esta voluntad à Cesar:

con razon pues si faltáran

de su buen gusto experiencias,

con esta se acreditaba

de s zonado, y de ayroso.

Rosim. Señora, mercedes tantas,

como exceden de lo justo,

como de limite pasan,

ofenden mas, que aseguran.

Estef. Quien no me cree, y me agravia:

de nuevo à ofreceros buelvo

mi verdad en mis palabras.

Don Cesar es mi marido,

y yo por esto, obligada

à amar, y querer sus cosas,

trofeo de sus hazañas,

y el mayor, sois vos: *Quien dudá,*

os visita, os ama, y quiere?

Luego yo que parte tanta

tengo en sus honras, bien debo

seguir sus mismas pisadas.

Esto ha de entenderse asi,

porque quando yo pensára

otra cosa, soy tan noble,

tan zelosa, tan y honrada,

que hasta los mismos cimientos

pusiera fuego à la casa

donde mi agravio se hiciera.

Mas yo tengo confianza

de Don Cesar, y de vos,

y de mi, (que no me filtra

vanidad para creer

que merezco estas ventajas)

que por ninguna del mundo

dexára Cesar su casa.

Rosim. Yo, señora: *Estef.* Sois mi amiga,

y en mis brazos, y en mi alma

hallareis siempre acogida.

Rosim. Ay de mí! soy vuestra esclava.

Calv. Vive Dios, que es gran muger:

con qué valor, con qué gracia

se enoja, y se desenoja!

Ces. Y no te lastima el alma

ver à Rosimunda (ay Cielo!) *que*

qué tímida, sufre, y calla,
 qué acobardada se aflige,
 qué recelosa se aparta?
 Ca. v. Señor, siempre el delincente
 huye la soza que arrastra.
 Cesar. ¿Eso dices? vive el Cielo,
 villano, que te quitára
 la vida, á no estar presente.
 Calv. Ese sagrado me valga.
 Estef. A Dios, Rosimunda.
 Rosim. El mismo vaya contigo.
 Calv. Acompaña á mi señora.
 Ces. Ya buelvo. Rosim. Eso es muy justo.
 Calv. ¿Qué aguardas?

no ves que espera? Estef. No, Cesar,
 quedaos, que con mis criadas
 iré yo muy bien, y haced
 (si acaso yo lo estorvaba)
 vuestra visita, que es justo.

Ces. ¡Ya yo me voy: que esto pasa ap.
 un hombre noble! Rosim. En efecto
 es preciso que me vaya. ap.
 Rosim. Al fin se viene conmigo. ap.
 Estef. Al fin me dexa, y me mata. ap.
 Rosim. En efecto es mi marido. ap.
 Ces. Es su muger, soy su esclava. ap.
 Estef. Esto es ser casado. ap.
 Ces. Y esto
 dar por los agravios gracias.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Estefania, y Dorotea.
 Estef. ¿Fuese mi padre? Dorot. Señora,
 bien disgustado se fue.
 Estef. ¿Por qué Dorotea? Dorot. ¿Por qué?
 porque tus disgustos llora;
 siente como padre, al fin,
 poco acierto en tu ventura;
 siente en tu hermosura
 maltratado un serafin;
 siente vér en mi señor:
 Estef. Basta, necia, que me ofendo
 de que entiendas, que yo entiendo,
 que agravia Cesar mi amor,
 ¿en qué olvidado le ves
 de la obligacion de honrado?
 ¿quando en su casa ha faltado?

¿no es liberal? ¿no es cortés?
 ¿no es sumamente zeloso
 de las cosas de su honor?
 ¿no tiene sangre, y valor?
 ¿pues qué le falta á mi esposo?

Dorot. El es tu esposo, y mi dueño;
 pero faltale el agrado,
 siempre el rostro encapotado,
 y siempre herizado el ceño,
 con un perpetuo disgusto,
 siempre amagando á reñir,
 no hay quien le acierte á servir,
 no hay cosa que le dé gusto,
 ni á quien el rostro no tuerza,
 y acostandose á deshora,
 se levanta con la Aurora,
 como quien està por fuerza.
 Todas estas, todas son
 faltas de un hombre casado,
 que le llama otro cuidado,
 ó le ocupa otra aficion.

Estef. ¿Vés esas cosas, que en tí
 son espanto? pues advierte,
 que le quiero yo de suerte,
 que son gracias para mi.
 Ostentar su presuncion
 grave, atento, y mesurado,
 es condicion de Soldado,
 y es la mejor condicion.

Celebrar una belleza
 en el sugeto que se halla,
 asistilla; y regalalla,
 arguye sangre, y renombre.
 Salir de noche, no es vicio,
 que le lleva á descortés:
 ¿el juego, quien duda que es
 de los nobles exercicio?
 Luego Cesar, aunque siga
 su condicion rigurosa,
 no hace Dorotea, cosa,
 que á su autoridad desdiga.
 ¿Fuera mejor, por ventura,
 tan tierno, y tan delicado,
 que le llevara el cuidado
 de su talle, y su hermosura?

Dorot. Ni tan tierno, ni tan fiero,
 señora, el hombre ha de ser.

Estef. Pues dexame querer,

que como es Cesar, le quiero;
y en tu vida me hables mal
de tu señor, que en su casa
mucho sufre, y mucho pasa
una muger principal.

Dorot. Como esto en amor se funda,
hablote, señora, así,
por la fuerza que hace en mí
la ocasion de Rosimunda.

Estef. ¡Qué cansada, qué enfadosa
aun buelves à discurrir!
Harto hago en divertir *ap.*
una criada curiosa,
que autoridades estraga,
y à mayor pena me obliga
el oír, que esta lo diga,
que el vér, que Cesar lo haga,
Dorotea (à mi decoro
importa encubrir mi llanto)
no quieras tu saber tanto
de lo que yo misma ignoro;
y dexa de aconsejar,
discursos cansados dexa,
porque yerra el que aconseja
quando no ha de aprovechar.

Vase con el lienzo en los ojos.

Dorot. Esas perlas derramadas
tan sin ley, tan sin razon,
me rompen el corazon;
mas yo las veré vengadas,
ó no seré yo quien soy,
aunque en esto lo publico.
A Alexandio, y Federico
tengo de escribirles, oy,
ocasionando su empeño;
mas quiero callar, yo sé
lo que haré, yo vengaré
à mi señora, y mi dueño. *vase.*

Salen Alexandro, y Federico.

Alex. Esto pasa, y esto es justo,
que pase, y sufra en su casa
una muger, que se casa

Fed. No mereció su obediencia,
Alexandro, esa ventura:
malogróse la hermosura.

Alex. Pídale al Cielo paciencia,
que en cierta manera estoy

de mi desprecio vengado.
Fed. Amante sois rebelado,
leal ayer, y traydor oy?
Nunca el amante se venga
en la pena de la dama,
porque no ama bien, quien ama
por lo que à su amor convenga.
Amor, que tiene verdad,
aun despreciado es amor,
que amar por solo el favor,
es propia comodidad.

Alex. Aurelio, bien castigado
de su nunca usada ley,
cuenta ha dado al Rey, y el Rey
de Don Cesar se ha quejado.

Fed. Hizo mal, porque no es justo,
ni procede como sabio,
el que tiene por agravio
las travesuras del gusto:
que al fin, Cesar es quien es,
y ese es un furor, que pasa
brevemente, y à su casa
se havrà de bolver despues.

Sale Dorotea con dos papeles.

Dorot. Perdoneme la verdad,
pues sin verdad, ni consejo,
oy de la lealtad me alexo,
por mostrar mas mi lealtad:
yo vengo à linda ocasion.

Fed. Dorotea, ¿qué se ofrece?

Alex. ¿Qué hay Dorotea?

Dorot. Bien parece,
que los tiempos otros son:
ya al fin no valemos nada.

Fed. Siempre yo soy el que fui.

Alex. Mucho amor teneis en mí.

Dorot. Yo soy de entrambos criada,
y à fee, que bien merecia
mis albricias. *Alex.* Bien por Dios?
¿albricias quando los dos
perdemos à Estefania?

Fed. Yo, Dorotea, os las mando,
si en algo servirla puedo.

Dorot. Llena de tristeza, y miedo
su poca dicha llorando,
para los dos escribió
estos dos papeles.

Dales à cada uno un papel. *Fed.*

Fed. Quiero
ver, qué dice. *Alex.* Desto infiero,
y de que albricias pidió,
que aun no me tiene olvidado.
Dorot. Por vengar à mi señora, *ap.*
soy à mi lealtad traydora:
yerro es grande, pero honrado.

Legendo ambos.

Fed. Si en vos vive algun amor:
Alex. Si amor, y piedad teneis:
Fed. Aora es bien, que lo mostreis.
Alex. Esta es la ocasion mayor.

Fed. Cesar me ofende, y se funda
en Rosimunda mi agravio
Alex. Cesar, poco cuerdo, y sabio,
me ofende con Rosimunda.

Fed. Porque sepais mi intencion,
vedme esta noche en mi casa.
Alex. Vedme, y sabreis lo que pasa
esta noche en el balcon.

Fed. Igualmente están escritos, *ap.*
lo mismo les escriví,
porque se junten asi
à un remedio dos delitos.

Fed. Estefania enojada
este papel me escriví;
aquí, en todo se olvidó
de la obligacion de honrada;
pero con no obedecer,
ni hacer cosa que me pida,
quedará mas bien servida:
asi la he de responder.

Dorotea, este papel
lleno de enojos venia,
referible à Estefania
lo que vistes hacer del;
y asi, por esto, y porque
debo excusar sus enojos,
no le tompo à vuestros ojos,
pero yo le romperé.

Alex. Ya es mas cierta mi ventura, *ap.*
mi esperanza vive, y crece,
y de su amor me asegura.
Pues *Dorotea*, yo vi
mis piadoso mi papel,
y haré lo que dice él,
por vos, por ella, y por mi,

y aora este diamante quiero,
que os lleveis.

Dorot. Soy tu criada:
destos dos huevos, no es nada,
el uno ha salido guero. *vase.*

Alex. ¿Tan enojada os escrive?
Fed. No, amigo, enojada no,
disgustada me escriví,
como disgustada vive;
mas para eso es el valor
de quien mas cuerdo lo escucha.

Alex. Su pena encubre, aunque es mu cha:
yo encubriré mi favor,
pues soy el favorecido,
Federico el despreciado,
él ha sido el desgaciado,
y yo el venturoso he sido:
à Dios, pues, y agradecer *ap.*
debo tan alta ventura.

Fed. Necio es quien lances procura *ap.*
con una noble muger.

Alex. Yo lograré obedeciendo, *ap.*
quanto la merezco amando.

Fed. Yo sabré enmendar callando,
quanto ella yerre escriviendo, *vase.*

*Salen Don Cesar, Estefania, Calvatuerno,
y Dorotea.*

Ces. ¿Qué hora será, Calvatuerno?

Dorot. No ha de salir esta vez: *ap.*
ya, señor, serán las diez.

Ces. Asi habrá menos sereno;
dame un broquel al momento.

Calv. De cenar fuera mejor.

Estef. Por vuestra vida, señor,
perdonad el juramento,
que pues es tarde, escuseis
el salir.

Ces. No es excusado:
tengo, señora, un cuidado,
que importa, y vos no sabeis.

Calv. Por Dios, señor, que ya es tarde,
y la noche tenebrosa.

Ces. Para matarme, no hay cosa
como un temor.

Estef. Dios os guarde,
que solo el temor se mide
con la pena de la ausencia;

mas si es preciso, paciencia:
da à tu señor lo que pide.

Vase Calvatrueno.

Cielos, si por mi decoro
à tanto sufrir me aliento,
bien sabeis, que es lo que siento
mucho mas, que lo que lloro:
porque en tan grave pesar,
y en tan continuos enojos,
ya no tuvieran los ojos
lagrimas para llorar.

Sale Calvatrueno con el broquel.

Calv. Ya estoy aquí, en el empeño
de grulla, tan bien hallado,
que diez noches se han pasado
sin dar puntada en el sueño;
y si dura tu porfia,
verás en tales hazañas,
que à puntadas de pestañas
zurzo la noche, y el día.

Cesar. Si la mitad de la vida
son las noches, claro entiendo,
que el que las pasa durmiendo,
lleva la mitad perdida:

Luego yerro es, no pequeño,
de quien como yo lo advierte,
adelantarse la muerte
en las tinieblas del sueño.

Estef. Muy bien, señor, lo fundais,
la razon es conocida:
si esto importa à vuestra vida,
yo gusto de que salgais:
que aunque no con pena escasa
en soledad os espero,
es vuestra vida primero,
que el gusto de vuestra casa.

Calv. Acuerdome, que un Soldado
contaba la vida asi,
y no me parece à mí,
que en esto andaba engañada.
El que mas vive (decia)
por nuestras culpas, y daños,
es su vida serenta años,
senectud helada, y fria:
Luego desta cantidad
decia, que se baxaban
treinta y cinco, que pasaban
durmiendo de nuestra edad.

Luego descontaba diestro
(porque vida no se llama
la que en pañales del ama,
y en azotes del Maestro
se pasa) diez años mas
de prisiones, porque es muerte
la prision, si bien se advierte;
otros diez en los demás
de la vida descontaba
de enfermedades, y enfados,
pesadumbres, y cuidados
diez, que vida no llamaba.
De suerte, que hecha la cuenta,
tiene cinco años no mas
de vida el que vive mas,
puesto que viva serenta.

Cesar. El decia muy bien, y asi
su parecer admitiendo,
hurtar al sueño pretendo
lo que èl me ha de hurtar à mí.

Dorot. Quedo ele por decir
de los que à servir nacian,
que estos tales no vivian,
porque el servir no es vivir.

Ces. Yo me voy. *Estef.* No tengais pena,
que ya no puede tardar;
pues por si haveis de jugar,
quereis que os dé una cadena?
que no es razon, que os halleis
corto en ocasiones tales.

Dale una cadena.

Cesar. Que estos bienes juzgue males
desdichas, qué me quereis?

Estef. No me abrazaís? *Ces.* Para qué
si he de bolver? *Estef.* Yo creia,
que este gusto os merecia.

Ces. Despues os abrazaré.

Vanse Cesar, y Calvatrueno.

Dorot. ¿Con qué sequedad se val
què rigores tan estraños!

Estef. Guardele Dios muchos años,
que lo demás bien está.

Dorot. ¿Pues el picaro Lacayo
no sigue su propio humor?

Estef. Obedece à su señor.
Dorot. Mas que le partiera un rayo.
Estef. Eso dices? no lo quiera
Dios. *Dorot.* Alabale tambien.

Estef. Quierele Don Cesar bien
y es fuerza que yo le qu'era.

Dorot. Segun eso, pienso yo,
si en su amor tu amor se funda,
que amarás á Rosimunda?

Estef. Pues quien te ha dicho que no?
Si es de sus honras señal,
si es, para mayores glorias,
trofeo de sus victorias,
puedo yo quererla mal?

Dorot. Bien en tu amorosa llama
te vales de aquel refrán,
de quien bien quiere á Beltrán.

Estef. Eso debe hacer quien ama;
si yo decirte pudiera
lo que le llego á estimar,
ni tuviera que dudar,

ni yo que advertir tuviera:
por que caben en mi amor
quantas ofensas, y agravios
en los discursos mas sabios
ha rezado el temor.

Tan mio le considero,
quando estas materias toco,
que juzgo que aun esto es poco
para lo que á Cesar quiero.

Y de su amorosa culpa
(si el amor que yo le tengo,
á concederle disculpa:
que es la pision amorosa

tal, que aunque intente su olvido,
no podrá hacer otra cosa,
y así, para que concluya
tu necia porfia, piensa,

que en los filos de mi ofensa
busco la disculpa suya;
pero qué es esto? quien canta?

Cantan dentro.
Dorot. Alguno de tus criados,
libre de pena, y cuidados,
liengá su garganta.

Musíc. La sin ventura Lisarda
perlas enjuga en un lienzo,
que entre claviles, y nacar
derraman sus ojos bellos;
de su dueño despreciada,

adora su injusto dueño,
que siempre merecen mas
los que saben querer menos.

Dorot. No canta mal. *Estef.* Y tu estás
oyendo cantar con gusto
lo que á mi me dá disgusto?
dile, que no cante mas.

Dorot. Por qué?

Estef. Porque me atormenta:
que si en ocasiones tales
quien canta espanta sus males,
quien los oye los aumenta.

Salte el Rey.

Rey. Bien muestras en esto doy,
que satisfacer espero
culpas de casamentero,
y cuidados de quien soy.

Estef. Señor, vuestra Alteza aquí?

Rey. Sí, Estefanía, que tengo
con Cesar un pleyto, y vengo
á bolver en vos por mi:
dónde está Cesar? *Estef.* Señor,

no está en casa. *Rey.* Qué cuidados
lo que á mi me dá disgusto?
à estas horas recién casados
à estas horas poco amor!

Estef. Quando la necesidad
obliga á hacerlo que mucho?

Rey. Que esto á una muger escucho!
qué fineza! qué lealtad!
que huviese negocio dudo,
que licito le obligase.

Estef. Ofendele quien pensase,
que el salir escusar pudo;
un negocio de cuidado
de su casa le sacó,
y aun casi le acordé yo
lo que èl dexaba olvidado.

Rey. Antes me dicen, que os tiene
poco respeto, y que á mi
me le pierde, y siendo así,
que se remedie conviene:
porque si os ofende á vos,
y á mi, que os casé con él,
de su condicion cruel
la queixa toca à los dos.

Estef. Os han, señor, engañado,
porque en todas ocasiones

cumple sus obligaciones
de Cavallero, y casado.
Y tiene tanto respeto
á vuestra sombra, y valor,
que se anticipa, señor,
la execucion al precepto.
De suerte procede, al fin,
tanto á mi amor se provoca,
que se venera en su boca
la suela de mi chapin;
y esto, señor, es lo menos,
que de mi amor al compis,
ni él puede quererme mas,
ni yo viviera con menos.
Si algun villano atrevido,
embidioso, ó maldiciente,
lo contrario desto siente,
creed, señor, que os ha mentido.

Rev. No miente, y es principal,
y os quiere á vos bien tambien,

Estef. No puede quererme bien,
si quiere á Don Cesar mal;
y le estimo yo de suerte,
que si él á este amor faltara,
ya vuestra Alteza me hallara
en los brazos de la muerte.
Aquella flor, que parece
en puntas de oro un crisol,
vive lo que vive el Sol,
y muere quando anochece,
vida, y color desfallece;
mas despues que helada, y fria,
en la ausencia que tenia,
siente mortales desmayos,
con el calor de sus rayos
buelve á vivir otro dia.
Yo así, que vivo en su amor,
si Don Cesar me ofendiera,
si agravio en su amor creyera,
muriera como la flor:

que aunque es verdad, que el temor,
que el alma en su ausencia pasa,
frío desmaya, y len abrasa,
buelve piadoso, y cortés
á darme vida, despues
que Cesar buelve á su casa.

Rev. Y vo, Estefanía, buelve,
con lo que de vos he oido,

admirado, y petsnadido;
á creeros me resuelvo
será así, ó por ley forzosa.
Si vuestra pena encubris,
si tanto agravio sufris,
por sagaz, por valerosa,
por honesta, y recatada,
por cuerda, y por singular,
os podrá el mundo llamar
Prudente, Sabia, y Honrada.

Estef. Creed, señor, una cosa
del amor en que me fundo,
que puede llamarme el mundo
la Casada mas dichosa.

Rev. Dios os guarde. **Estef.** A vuestra Alteza
debo mi dicha mayor.

Rev. Qué cordura! qué valor!
esta es la mayor fineza.

Salen Rosimunda, Don Cesar, y Calero
trueno.

Cesar. Nunca con tanto temor,
nunca con tales enojos,
á ver el Cielo en tus ojos
me ha conducido el amor;
ó es cobardia de honor,
ó del alma profecia
de alguna desdicha mía,
porque los pesares tienen
correos, que siempre vienen
á desterrar la alegría.
Ni acierto á lo que deseo,
ni sé encubrir lo que adoro,
ni me alivia lo que lloro,
ni conozco lo que veo;
ni en tan equívoco empleo
soy mio, ni ageno soy,
ni me niego, ni me doy,
ni me agrado, ni me ofendo,
dudo lo mismo que entiendo,
sin mi vivo, y en ti estoy.

Rosim. Qué mucho, Cesar, qué mucho,
que en confusion tan estrana
vivas tu, si me acompaña
esa misma que te escucho?
Lucho, y no sé con quien lucho,
ni qué linage de amor
me obligá tan ciego error;
solo sé por experiencia,

que si te adoro en ausencia,
 presente me dás temor.
 O algun secreto mysterio
 me turba la voluntad,
 ó en tu esposa la piedad
 tiene soberano imperio:
 Yo te quise, el cautiverio
 mayor, fue llegar te à vér;
 ni sé amar, ni aborrecer:
 ¡O nunca visto accidentel
 vive, Cesar, vive ausente,
 que así te podré que er.
 Calv. No he visto amor como aqueste
 mas si es furgo, ¿qué me espanta?
 desde lexos los calienta,
 desde cerca los alisa.
 ¿Queréis hacer una cosa?
 Amor es como la sarna,
 que si no la rascan, pica,
 y escuece quando la rascan.
 Corraos las uñas con él,
 que Amor, con uñas cortadas,
 é lo escocido se niega,
 y á lo picante se humana:
 quiero decir, que os améis
 por retratos, y por cartas,
 mirandoos por vidriera,
 y hablando por cerbatana.
 Ces. Como tuyo es el Consejo.
 Calv. Pues señor, si no te agrada,
 lo varato me agradece,
 pues que no te cuesta blanca.
 Ces. Bellisima Rosimunda,
 yo os confieso, que en el alma,
 desde el instante que os ví,
 lugar os dieron mis ansias,
 en ella vivís tan dueño,
 que aquella breve distancia,
 que os dexan de vér los ojos,
 á la villa la haceis falta;
 y esta amorosa pasion
 tiene en mí fuerza tan rara,
 que ni Estefania me impide,
 ni el matrimonio me ataja,
 ni aun presumo que la ofendo,
 porque os miro recatada
 al espejo, en quien descubro
 de un limpio amor luces tantas;

si bien no os debo, no os debo
 sola una mano tocada.
 digno respeto à quien sois,
 justo decoro en quien ama:
 llegaos à mí, no esteis triste,
 cese el llanto, que es desgracia,
 que en desperdicios de perlas,
 luvias de pesares caygan:
 dexad que os toque una mano.

Rosim. No, Don Cesar, que tocada,
 es fuerza que juguéis della.

Calv. ¿Ay mas de usar sin jugarla?

Ces. Hacedme aqueste favor.

Rosim. ¿Pues será bien, que agraviada

quede en mí de vuestra esposa

aquella hermosura hidalga?

aquella prudencia humilde,

que sabia afecta ignorancias?

No es posible, no es posible,

basta que os permita, basta,

que en mi casa entreis, pues desto

ni se ofende, ni se agrava.

Idos, y no me veais,

que ya, Cesar, encontradas

razon, y aficion en mí,

una asegura, otra espanta,

una niega, otra concede,

y yo à ninguna inclinada,

ni vivo de agradecida,

ni muero de reportada.

Ces. Pues yo, mas cuerdo, que amante.
 viviré con la esperanza.

Rosim. A Dios, Don Cesar.

Ces. A Dios. Rosim. Baste?

Ces. Voyme, como quien se aparta

de la pena que apetece,

para volver à buscarla.

Rosim. Eso no es irse. Ces. Es verdad,
 mas como quieros que vaya?

Rosim. No sé, como tu quisieres.

Ces. Bolveré con toda el alma.

Rosim. Yo no te digo que buelvas.

Ces. Horas, dexad de ser largas.

Rosim. Mucho al sufrimiento devo.

Ces. Poco les debo à mis ansias.

Rosim. Dème de su fuerza el Cielo.

Ces. Presteme Amor de sus alas.

Calv. Y à mí, para que estos tragos

me preste un tonel Calabita. *Vanse.*

Salen Alexandro, y un embozado.

Alex. Aunque pudiera venir solo, es acción temeraria, por ser la primera vez que Estefania me llama: ¿Si habrá salido al balcon?

Sale Dorotea al balcon.

Dorot. Mucho Alexandro se tarda; pero en la calle parece que y gente. **Alex.** Que no me engaña conozco: el balcon ha abierto.

Dorot. ¿Es Alexandro? **Alex.** Turbada la vez, respondo que si.

Dorot. Pues advertid, que os aguardan con m s aliento mis penas.

Alex. Quien ya sus dichas estraña, perderá por vos la vida.

Dorot. Gente por la calle pasa:

à Dios, que yo me retiro.

Si es mi amo, aquesto basta *ap.*

para que zeloso tenga mas cuidado de su casa.

Cierra la ventana, vase, y sale el Rey solo, y siente cerrar la ventana.

Rey. Los descuidos de Don Cesar *ap.*

dàn à este desorden causa:

por el balcon se entretiene

sin duda alguna criada,

ocasionando sospechas:

¡O quan de vidrio es la fama!

¡hà Cesar, que facilmente

sigue al descuido la infamia!

Pero pues que yo le quise,

en su ausencia es bien que haga

lo que el hiciera presente.

Cavalleros, mal se guarda

el respeto, que se debe

al honor de aquesta casa:

la calle dexen, y crean,

que les està bien dexarla.

Alex. Este es sin duda Don Cesar,

y si Estefania me llama

para vengarse, ocasion

se me ha ofrecido bizarra.

Rey. ¿Ea, no dexan la calle?

¿qué se detienen? ¿qué aguardan?

Alex. Echenos della, si acaso

con tanto aliento se halla.

Rey. Aliento, y valor me sobran.

Sacan las espadas, y embiste con los dos el

Rey, y salen Cesar, y Calvatueno.

Ces. A la puerta de mi casa

acometen dos à uno,

mas es traycion, que ventaja:

Retirate, Calvatueno,

en esa esquina me aguarda.

Calv. Avisar serà mejor

deste peligro à mi ama.

Ces. Cavalero, à vuestro lado

estàn mi brazo, y mi espada.

Embisten ambos con ellos, y echanlos à cae-

lladas de la calle, y queriendo Cesar seguirlos.

le detiene el Rey.

Rey. Dexadlos, no los sigais,

que para mi intento, basta

el echarlos deste puesto,

y para daros las gracias

de lo que por mi haveis hecho,

Ces. Mucho en serviros se gana;

pero otro pleyto tenemos

que averiguar de importancia

entre los dos. **Rey.** Este es Cesar: *ap.*

qué decis? **Ces.** Desocupada

està la calle por vos,

y aora he de saber la causa,

que à desocuparla os mueve,

y quien sois para guardarla,

ó hemes de renir los dos. *ap.*

Rey. La ocasion es apretada,

pues quando me pongo al riesgo,

si aqui me descubro, es clara

la enemistad con Don Cesar;

si dexo de hacerlo, pasa

al honor de Estefania:

¿qué haré, Cielos? ¿qué encontradas

ambas acciones contemplo!

Ces. Nuevos cuidados me asaltan.

Rey. Cavallero, yo no doy

satisfacciones tan baxas,

mas creed que no os ofendo.

Ces. Tiempo, y palabras se gastan,

y pesaramè por Dios,

que lo haga s à cuchilladas.

Rey. Yo no he de decir quien soy.

Ces. Pues yo he de ver si quien calla

sabe cerrar el secreto
con la llave de la espada,
*Acubillame, y sale Estefania con la espada
desnuda, y ponese al lado
de Cesar.*

Estef. La voz conocí de Cesar:
llega una luz, llega un hacha.

Sale Calvatrieno con una hacha.

¿Qué es esto? señor, qué es esto?
os mueve? *Estef.* El Rey es (ay Cielos!)
Cesar está á vuestra plantas.

Calv. Fuerte lance! *Rey.* Sirva, Cesar,
ú de aviso, ú de amenaza,
el vér, que el atrevimiento

de alguna de esas criadas,
que os sirven (y quizá siendo
vuestro descuido la causa)

ocasiona estos sucesos,
la culpa es vuestra, enmendadla.

Rey. Señor, si de mí os han dicho:
nadie me ha dicho, yo he visto

lo que pasa, y lo que basta
para entender, que ofendeis

y á quien os la dió, pensando,
que á vos, Don Cesar, la daba.

Ces. Oídme. *Rey.* Cerrad el labio,
que ofende mas quien mas habla.

Ces. Cielos, dadme sufrimiento,
pues me dais ocasion tanta

para perderle, y perderme;
sacando el Rey á mi casa,

bizarramente la espada,
hallar el riesgo á mi puerta,

Estefania, y ponerse
á mi lado: si (pena rara!)

¿qué es esto, Cesar? ¿qué es esto?
mucho por saber os falta.

¿Mas qué digo? el pensamiento,
como villano, se engaña,
Estefania es un Angel,
mas es muger, y esto basta.

Estef. Señor, pues no permitis
que Cesar os satisfaga,

yo por él lo quiero hacer:
la misma verdad agravia
quien dice, que en Cesar puede
haber descuidos, ni faltas.
En mí sí, en mí puede haverla,
no por culpa, por desgracia
de mi estrella rigurosa.

Rey. Basta, Estefania, basta,
que yo estoy bien informado.

Estef. Quien os lo ha dicho os engaña.

Rey. No se engaña quien lo ha dicho.

Estef. La envidia culpas levanta.

Rey. La razon lenguas produce.

Estef. No es razon la que le ultraja.

Rey. ¿Y si yo lo hubiese visto?

Estef. Tambien los ojos se engañan.

Rey. ¿Yo puedo engañarme? *Estef.* Vos,

señor, que de lo que pasa
dentro en mi casa, ¿quién puede,
sino es Dios, afirmar nada?

Ces. Si esto no es cierto, ¿quién duda *ap.*
que la verdad misma engaña?

Rey. Ea, Cesar, recogeos.

Ces. Mi obediencia se os consagra.

Rey. ¿Qué dicha para primera!

Ces. ¿Qué ocasion para gozarla!

Rey. Quien goza tanta virtud,
feliz mil veces se llama.

JORNADA TERCERA.

Salen el Rey, Don Cesar, y Calvatrieno.

Rey. Don Cesar, muy olvidado *ap.*
de la guerra os considero:

Asi castigarle quiero
siendo tan grande Soldado.

Nuevas, y aviso he tenido
de vuestro mismo Almirante,

que la Armada de Levante
las Costas ha discurrido;

y que libremente en ellas,
por la falta vuestra, son

sus robos, y presuncion,
causa de justas querellas.

Esto pide acelerado
remedio; y pues es forzoso,

para ser galante esposo,
dexar de ser buen Soldado.

escusaros es el modo
mas cuerdo, à mi parecer.

Ces. Yo, señor, lo puedo ser
todo, como os sirva en todo:
à mi obligacion forzosa
quando escusado me hallais?

Rey. Ya yo sé quanto estimais
el lado de vuestra esposa.

Ces. Esto (¡ay de mí!) viene à ser *ap.*
decirme por modo honesto,
que si no hago esto, es esto
lo mismo que debo hacer.

Rey. Aurelio el noble exercicio
de General partió à usar,
mientras vos hacéis lugar
de bolver à vuestro oficio:
que descanséis es razon.

Ces. Perdoneme vuestra Alteza,
si agraviada mi nobleza
bolviere por mi opinion.

Rey. Yo, Cesar, siempre he creído
lo mucho que merecéis,
mas quiero que descanséis,
en premio de lo servido.

Ces. Ya es imposible escusallo.

Rey. Aurelio partió en efecto,
éles noble, vos discreto,
yo Rey, y vos mi vasallo;
mirad si del amor mio
quexa ocasionar podeis,
pues porque vos descanséis,
nuevo General envío.

Ces. En el marcial exercicio
tengo mi descanso yo,
nunca, señor, me cansò
la guetra en vuestro servicio:
que como en ella nací,
y à quien soy respondo luego,
las balas, el plomo, el fuego
son regalos para mí.

Calv. Yo soy de eso buen testigo,
porque quando està enojado,
se come, à fuer de Soldado,
las balas del enemigo;
y quando el Mar discurría,
si à los Turcos no encontraba,
siempre se desayunaba
con el cañon de cruzía.

Tanto este precepto observá,
que por conserva mejor,
se comió un dia, señor,
diez Navíos en conserva:
dieron al traste sus velas,
y para cierto festín
mandò asar un vergantín,
y empanar seis caravelas.

Rey. Basta, basta, que el tropel
de tus locuras dá indicio
de que has perdido el juicio,
ó que siempre estás sin él.

Ces. Señor, su ignorancia advierte,
de tus piedades no ageno.

Calv. No fuera yo Calvatrúeno
si no hablára de esta suerte.

Ces. Siempre, al fin, se aborreció
tu necio estilo no en valde.

Rey. Dexadle, Cesar, dexadle,
que esta vez gusto del yo.

Ces. Este es un necio criado,
y yo solo, si os ofende,
de la culpa, que él no entiende,
vengo à ser el castigado.

Rey. Cesar, de lo que os he dicho
se saca esta consecuencia:
Acudir à vuestro oficio
es obligacion, y es deuda;
dexar de hacerlo, es descuido
mio, como culpa vuestra.
Y ya que ahora no ha sido,
quiero que sepais, Don Cesar,
para adelante, que al Rey
su estimacion atropellan;
y pues de vuestros servicios
me representais la deuda,
ò bolved por mi opinion,
ó yo bolveré por ella.

Ces. Yo, señor, iré à servirlos:
no digo yo quando pierda
la quietud, pero la vida;
porque mucho mas arriesga
quien con dudas en su honor
se vé, y dudoso le dexa.
Mas donde estais vos, señor,
con Magestad, y Grandeza,
no hay cuidado que me espante,
no hay temor que me detenga; por

porque claro está que vos, la Y
 como quien tanto se precia
 de Rey en lo poderoso
 de advertido en la prudencia,
 de zelador en lo justo,
 de sabio en las evidencias,
 de cauto en las presunciones,
 de secreto en las sospechas,
 breis mirar por mi honra,
 pues yo miro por la vuestra.

Rey. Eso es pensar: Ces. Nada pienso.
 Rey. Es sospechar: Ces. No hay sospecha.
 Rey. Es temer: Ces. Nunca he temido.
 Rey. Pues ni temeres, ni quejas,
 ni aun pensamiento os permito
 contra el honor, y limpieza
 de vuestra: Ces. Tened, señor,
 tened, suplicoo, no se
 una palabra arrojada
 agravio esculpido en piedra.
 Rey. Pues que vais, ó que no vais,
 tened por máxima cierta,
 que el Rey, Cesar, es mas que hombre,
 porque es mas su fuerza
 y, mas, porque todo es ojos,
 habla mas en meros letras.
 entiendo mas, porque tiene
 mas oídos que le adviertan.
 Y el que como Rey os habla,
 como amigo os aconseja,
 que aprisionais los discursos,
 aprisionais la lengua,
 porque ni aun para pensar
 quiero que terçais licencia.
 Calv. Lindo parece echado
 los dos, en todo se yerra,
 yo en hablar, y tu en pensar;
 ¿pero quien, señor, acierta
 en rada, quando del Rey
 se aventura pude yo hablar,
 que mis locuras valieran
 aplauso, y dineros muchos;
 mas ni aplauso, ni moneda
 valieron aquesta vez,
 desgracia fue no pequeña.
 Ces. ¡Ay de mí! ¿cómo no sientes
 a gravedad de mis penas?

Calv. Basta que sienta las mias,
 sin que las agenas sienta.

Ces. Si á la guerra voy, se ofrecen,
 antes de entrar en la guerra,
 tantas dudas, quantas dudo
 que ingenio humano las venza.
 Si lo escuso, mi opinion
 es preciso que se ofenda,
 pues no hay respetos que importen
 donde el honor se atraviesa.
 Ir, me ha de costar la vida,
 el dexar de ir, es baxaza;
 y ultimamente, que vaya,
 que no vaya, el Rey se queda.
 Iba á decir: Mas no quiero
 dar facultad á la lengua
 para que pronuncie (¡ay Cielos!)
 lo que el corazon apenas
 se atreve á sentir, que al fin,
 secretos que al honor llegan,
 la lengua no ha de tocarlos,
 que aunque es mia, andará en lenguas.

Calv. Advierte, señor, advierte:
 Ces. Nunca en tu vida me adviertas.

Calv. Digo, que si piensas mal,
 haces muy mal quando piensas.

Ces. Vive el Cielo, que te quite
 mil vidas, si mil tuvieras:
 ¿Pues tú sabes lo que yo
 puedo pensar? Calv. No lo quiera
 mi Dios, que eso es saber muchos.
 Solamente me atreviera,
 quando comes aceytunas,
 á decir en lo que piensas,
 que siempre es en la mas gorda.

Ces. Donayres, y chanzas dexa,
 que yo pienso (y plegue á Dios
 que piense mal) que me lleva
 toda la vida un deseo,
 y toda el alma una pena. Vase.

Calvat. En la azeytuna mas gorda
 piensa mi amo, y se yerra,
 que está segura en el plato,
 sin que haya mano traviesa,
 que á tocarla se adelante,
 ni que á mirarla se atreva. Vase.

Salen Estefania, Torisca, Alexandro,
 y Federico.

Fed. Seguro estoy, prima mía, que con mas agüdo acuerdo me perdonareis, por cuerdo, delitos de cortesía; pues haviendo reparado lo que suceder pudiera, si ayer os obedeciera, oy ós huviera pesado.

Estef. No entiendo lo que decís; si bien estoy cierta, primo, por lo mucho que os estimo, que à consolarme venís.

Alex. Yo tambien perdon os pido del suceso desgraciado de anoche; si bien no he dado mas causa à lo sucedido, que obedecer, y tener, con generosa paciencia, prontitud en la obediencia, y constancia en padecer.

Estef. Menos os entiendo à vos, aunque con razon me ofendo de la malicia que entiendo, y la venganza en los dos: y si lo haceis por desprecio, por malicia, ó por venganza, quien piensa que en mí la alcanza, loco vive, y piensa necio.

Fed. Por Alexandro ha negado lo que imprudente publico.

Alex. Porque está aqui Federico sin duda ha disimulado.

Fed. Mi libertad perdonad, que yo anduve inadvertido.

Alex. Perdonad si os ha ofendido mi imprudencia, y libertad.

Estef. Basta, qué os burlais de mí: sin duda que imaginais, que perliendo me ganais, y yo en perderos perdí; pues si en esto discurresteis, la soberbia os ha engañado, que en perderos yo he ganado todo lo que en mí perdisteis: y en justa razon me fundo, pues en Cesar, para honrarme, ni tuvo, ni pudo darme mas la baraxa del mundo.

Y si pesares, y enojos pensais que me han de vencer, à quien le intente ofender le quebraré yo los ojos.

Fed. Prima. *Alex.* Señora! *Estef.* No soy prima, señora, ni amiga, de quien contra Cesar diga, ni aun piense, donde yo estoy; pues para dár escarmiento à quien le piense agraviar, le sabré yo castigar delitos del pensamiento.

Fed. Qué es aquesto, Dorotea?

Alex. Valgame el Cielo! qué es esto?

Dorot. En gran peligro me he visto declarado, y descubierto vi mi engaño, no mas trampas en cosas de tanto peso. Qué ha de ser? ser mi señora quien es, y vosotros necios: (perdonad si así os lo digo) lo que os escribió en secreto en publico la decís?

¿es esto cosa de juego?

Alex. Por Dios que tienes razon.

Dorot. Mal año si razon tengo, aun de mí, que lo sé todo:

Para parecer mas cuerdos, os haviais de rezelar, y no entrar muy satisfechos, y echarlo todo à perder.

Fed. Que tuve culpa confieso.

Alex. Dorotea, à Dios, que yo voy à enmendar este yerro.

Dorot. A enmendarlo? plegue à Dios no dé con todo en el suelo.

Mucho Calvatrueno tarda, y ya por verle me muero, para saber si Don Cesar con Rosimunda se ha buelto: que despues que con el Rey, por mi causa, aquel suceso, y pendencia tuvo, anda hecho un Panuncio del Yermo.

Sale Calvatrueno.

Calvat. Qué ay, señora Dorotea?

Dorot. Qué ay, mi señor Calvatrueno?

Calvat. En qué estado están las cosas?

Dorot.

Dorot. Estando tu de por medio, como han de estar concertadas?

Calv. Luego yo las desconcierto?

Dorot. Claro está, que un mal criado sirve poco, y nunca bueno.

Calv. Pues tu, que sabes servir, me enseñarás algo nuevo,

que yo, que a lo vicio sirvo, no hago mas, que hacer aquello que me mandan: Puedo yo

(sea bien hecho, ó mal hecho) argumentar con mis amos?

Si ellos están rostituerros, yo no sé enderezar casar: ¿cómo combiden un Reloxero

que les concierte las horas, y les enmiende los gestos;

pero dexando esto aparte, en quatro grados tenemos

nuestro amor?

Dorot. Amor conmigo?

¿cómo puede tratar de eso con las criadas, que sabe,

de Rosimunda.

Calv. Es mal hecho hablarme así, porque yo

que o de la puerta adentro de mi casa, y con la agena

de mi casa, ni me llevo.

Sale al paño por la puerta derecha Rosimunda con manto.

Rosim. A pagar una visita sin vida, y sin alma vengo.

Calv. ¿Es mi hermana Rosimunda?

Rosim. Mi nombre oi, escuchar quiero, antes de entrar, lo que dicen.

Dorot. No es tu hermana, y tu sospecho que ella es tu medio señora,

y tu su alcahuete entero.

Calv. Alcahuete es el que lleva por el oficio dinero,

mas yo no he tocado nada de todo aqueste embellico.

Calv. Quien escucha, su mal oye.

Rosim. Quien escucha, su mal oye.

Sale Don Cesar al paño por la puerta siniestra.

Ces. Deste encol encubierto, quiero escuchar, aunque sea baxeza en mi pensamiento.

Calv. La verdad es que mi amo por Rosimunda está muerto;

si bien anda mas templado desde el pasado suceso de la pendencia.

Dorot. Pues como?

Calv. Anda con mosca de zelos; y como esto del honor es el cuida, o primero,

menos veces la visita.

Dorot. Eso se debe á mi ingenio: si tu el secreto guardaras

yo te dixera un secreto; pero mi señora sabe.

Sale Estefania por la puerta de enmedio.

Estef. Calvatrueno, ¿qué hay de nuevo? ¿dónde queda tu señor?

Calv. Allá en Palacio le dexo tratando de su jornada.

Estef. ¿Qué jornada?

Calv. La que hacemos ahora; si bien el Rey prudente, advertido, y cuerdo,

ha reparado en que ya para General no es bueno mi amo, por ser casado

tan reciente.

Estef. ¿Cómo es eso?

Calv. Como á tu padre le ha dado el baston, y de secreto se ha partido.

Estef. De ese agrávio yo sola la culpa tengo:

Don Cesar pierde por mí; ya no me espanto, que habiendo esa ocasion, aborrezca las leyes del casamiento.

Disculpado está Don Cesar, yo le estorvo, y le ofendo,

yo le usurpo, y le marchito laureles, que merecieron las soberanas virtudes

de tantos heroycos hechos

Bien hace, bien hace, digo:
otra vez yo me aborrezco
à mí misma, si en mí puede
caber aborrecimiento:
porque le estimo de suerte,
tan tiernamente le quiero,
que la parte que en mí tiene
me ofende, porque le ofendo.

Ces. Este valor contradice
à lo amoroso, y lo tierno.

Dorot. Esas finezas, señora,
ocasionan tu desprecio:
primero eres tu, que todo.

Estef. Primero es Cesar.

Dorot. Primero es tu gusto.

Estef. En mí no ay gusto.

Rosim. Yo he venido à muy buen tiempo.

Estef. Dorotea, he reparado,
que es tu natural opuesto
al mio, y no me està bien,
que de las puertas adentro
de mi casa, haya ninguno
que contradiga mi intento,
y quizá por tu ocasion
los de afuera hablan en esta
que Alexandro, y Federico
nunca à tanto se atrevieron.

Quien habla mal de Don Cesar,
à mí me pierde el respeto,
y quien me le pierde, hará
contra mi honor algun yerro,
que remediarse no pueda,
si ya no es que le hayas hecho.

Vete luego de mi casa,
busca à quien servir, que quiero,
que no haya en ella quien juzgue
faltas, descuidos, ni yerros.

Dorot. Señora, yo si, Alexandro
te ha dicho::

Estef. ¿Como? ¿qué es eso?

Dorot. Digo, que::

Ces. ¡O muger insigne!

Dorot. Tu venganza, y mi descao::

Turbase Dorotea.

Estef. ¿Tu te turbas? ¡ha traydora!
por el honor que venero,
y por la vida de Cesar,
(que aun es mayor juramento)

que me has de decir::

Aiela de el brazo.

Dorot. Señora::

Estef. Quando yo à estos lances llego,
soy mas que muger, y advierte,
que quizá con este intento
traxe resuelta conmigo
de este puñal los aceros.

Saca un puñal.

Ya me conoces, yo soy
tan piadosa, que tus yerros
sabré perdonar, si aqui
me lo confiesas; mas temo,
que has de dàr lugar à que
yo te los saque sangrientos
del corazon, que los guarda,
abriendo puerta en tu pecho.

Dorot. ¡Ay de mí!

Estef. La verdad sola
puede librarle.

Dorot. Confieso,
que lastimada de verte
padecer (valga el intento)
à Alexandro, y Federico
les di::

Estef. ¿Qué les diste?

Dorot. El zelo
fue de una leal criada,
piedad fue, aunque fue mal hecho.

Estef. ¿Qué les diste?

Dorot. Dos papeles,
dos papeles, y diciendo
que eran tuyos, Federico
y Alexandro, persuadido
à que el papel era cierto,
engañado vino à hablarte
por el balcon, y fingiendo
yo tu voz, le hablé una noche,
à tiempo, señora, à tiempo,
que llegó el Rey (¡ay triste!
con qué dolor lo refiero!)
Llegó mi señor tambien,
saliste tu (del estruendo
provocada) y sucedió
lo que has visto: Este es mi yerro,
castigale en mí, señora,
considerando primero,

que por sentir tus ofensas,
 hui del fuego, y dí en el fuego.

Estef. Qué mucho, si en qualquier casa
 sois los criados incendio?

mas valgate la piedad,
 aunque por tan malos medios,
 que de la triaca hiciste
 ponzoña, y mortal veneno.

Ces. Cielos, què escucho! este fue
 mi mayor desasosiego:

Estef. O casto honor, qué sujeto
 estás á peligros tales!

ya no quiero, ya no quiero
 que te vayas, Dorotea;

temiendo aqueste suceso,
 te echaba, y ya sucedido,

te recojo, porque entiendo,
 que ha de ser mayor el daño

quando de mi estès mas lexos.
Ces. Vive Dios, que fue una mandria

Penelope en tu respeto,
 dueña de honor fue Cleopatra,

y Artemisa mucho menos.
 Decirte queria una cosa,

que me pongo à grande riesgo
 con mi amo si la digo;

pero ya te tengo miedo.
Estef. Si es cosa en ofensa suya,

que no lo digas te ruego,
 que me haràs un gran pesar.

Calv. Antes, señora, sospecho,
 que le sirvo, porque ya

es demasiado su empeño:
 ¿no me entiendes? mi señor

visita:
Estef. Ya, ya te entiendo.

Calv. A Rosimunda.
Rosim. ¡O villano!

Ces. Este descubre el secreto
 de mi amor.

Estef. Pues bien, ¿qué importa?
 ¿qué empeño se sigue deso?

¿qué inconveniente, ò què daño?
 Cielos, dadme sufrimiento.

Calv. Ayer fue à verla, y la dió
 este curioso aderezo

de botones de oro; y porque

Saca una caja con botones de oro.

está sin diamantes hecho,

no le quiso recibir,

y ya le llevo al Platero,

para que le diamantice,

y buelva à hacerle de nuevo.

Ces. O criados fementidos! *ap.*

qué bien os llame un discreto

enemigos no escusados!

Rosim. Ay mas penoso suceso! *ap.*

Estef. Muestra á ver, tiene razon

Rosimunda, que es pequenito

dòn para un hombre como él:

Cesar se embaraza en esto?

civil cosa! cortedad

indigna en su heroyco pecho!

Calv. Eso te parece poco?

Estef. Y muy poco.

Calv. Buen remedio:

dale tu mas.

Estef. Vén conmigo,

que yo enmendaré este yerro:

Don Cesar no ha de dar cosa,

por gusto, ò por galanteo,

que no sea muy conforme

à quien es, y me averguenzo

de que esto diese Don Cesar,

sabiendo bien, que yo tengo

aderezos de diamantes,

y son suyos, como el dueño,

vèn, y sin que él sepa nada,

(mira que importa el secreto)

le daràs à Rosimunda,

fingiendo, pues no eres necio,

que Don Cesar se le embia;

y aqueste, que vale menos,

di que le dé á una criada,

que quando llegue à saberlo,

sabrà quien soy, y sabrà

quanto le estimo, y le quiero,

y quanto puede fiarme.

Calv. Eso dices?

Estef. Asi buelvo

por la opinion de mi esposo,

no se diga en ningun tiempo,

que hombre de tanto valor

valió menos, por dar menos.

*Vanse Estefanía, y Calvatuerno,
y sale Don Cesar por una
puerta.*

Ces. Muger valerosa, aguarda,
que vida, y honra te debo:
oy tu virtud me ha vencido,
confesando que eres dueño
dichoso del alma mia.

Sale por la otra puerta Rosimunda.

Rosim. Y tu su dichoso dueño.

Ces. Rosimunda?

Rosim. Cesar?

Ces. ¿Cómo en esta casa te veo?

Rosim. Vine á vér à mi señora,
(aqueste nombre la debo)
su esclava soy, en el rostro
nuevas señales me ha puesto;
ya la libertad me quita,
ya me aprisiona el exemplo
mayor, que han visto los siglos.

Ces. Si ya lo viste, no tengo
que decirte.

Rosim. Yo sí, Cesar,
de tu dicha decir puedo,
que heredaste con el nombre
de Cesar mayor imperio
en la fortuna, que aquel
de tan altos triunfos dueño.
Dichoso mil veces tu,
pues solo dichosos fueron
los que esta dicha alcanzaron,
no los que empuñaron Cetros;
yo vine à verte, señor,
y determinada buelvo,
que no me has de hablar jamás,
pues ni aun con el pensamiento
he de atreverme à ofender
à quien tantas honras debo,
à quien merece, y se gana
tan venerable re peto.

Ces. Confieso, que soy dichoso,
que me convence, confieso,
una prudencia, que admiro,
y una cordura, que temo;

pero no impida mis dichas
el vér tus ojos serenos

Rosim. Sacaréme yo los ojos
por no peligrar en ellos.

Ces. Eso dices?

Rosim. Esto digo

Ces. Advierte:::

Rosim. Ya nada advierto.

Ces. Oyeme.

Rosim. No te he de oír.

Ces. Mirame.

Rosim. Verte no quiero,
que no consigue lo mucho
quien no repara en lo menos.

*Salen Estefanía, Dorotea, y Cal-
vatuerno.*

Estef. Señor, qué disgusto es este?
Rosimunda, quando espero
vuestra visita, os lo impiden?
poco à Don Cesar le debo,
pues este gusto me quita.

Ces. Ya Estefanía, os confieso
deudas, que en vuestra cordura
hacer mas grave mi empeño.

Estef. Aora, señor Don Cesar, ya no siento
con fuerza, ni valor el sufrimiento,
ya la razon me obliga
à que mi pena, y mi razon os diga,
Aunque una, y otra es tanta,
y el lazo que me anuda à la garganta
tan cruel, tan estrecho,
que aun la respiracion le falta al pecho,
(mas cobraréme un plazo limitado,
y dexaréme ahogar quando aya hablado)
no quiero referiros
las ansias, los dolores, los suspiros,
que escusando mi mengua
el alma padeció, y calló la lengua.
Desde el primero dia,
que os di la mano para suerte mia,
todo aquesto he callado, y oy lo digo,
no porque de piedad uséis conmigo,
sino porque al sugero desiguales
unos males estorvan otros males,
siendo termino estrecho
el breve campo de mi débil pecho,

y porque así, ya que sufrirlos debo,
 habrá lugar para sentir de nuevo.

Cesar. Nunca con menos causa
 pudiste hacer al sentimiento pausa:
 divina Estefanía

mia, si ya merezco que seas mia,
 reporta los enojos,
 serena el cielo de tus bellos ojos,
 y eucha de mi culpa
 una amante disculpa,

pues aunque aquesto sea desvarío,
 con tu amor se disculpa el amor mio.
 Yo quise à Rosimunda (ay triste suerte!)
 no te pudo ofender antes de verte;

mas tu has podido tanto
 que ya me redimiste deste encanto,
 y ya restituída,
 tuya es el alma y lo es tambien la vida.

Estef. Basta, Cesar, y piensa,
 que no es consuelo referir mi ofensa,
 pues en mi sentimiento
 sobra el decirlo, y basta el pensamiento
 para que en mis enojos

Llora Estefanía.
 me socorra del llanto, y de los ojos.
Calv. El Rey, señor, ha llegado
 con grande acompañamiento.

Tocan cajas, y sale el Rey, Aurelio
 con baston, Alexandro, y
 Federico.

Rey. Qué es esto, Cesar?
Ces. Señor: os prometo:
Estef. Nada, señor, os prometo:
 vino aora á visitarme
 Rosimunda, y refiriendo
 algunos pesares suyos,
 me enterneci.

Rey. Yo lo creo;
 pero sea lo que fuere,
 á que sepais todo, vengo
 de Aurelio aqui la jornada,
 y el prodigioso suceso.

Despues de vencer al Turco,
 lo mas importante, y nuevo
 es, Cesar, que ha parecido

vuestra hermana, solo temo
 el precio de su rescate.

Ces. Como?
Rey. Es Rosimunda el precio.

Aurel. Aquel Alcaide, à quien disteis
 libertad, sabe el concierto,
 y pide que le cumplais:
 en mi Galera le dexo
 esperando à Rosimunda;

dadle à Rosimunda luego,
 si quereis vér vuestra hermana.
Ces. Eso es verdad, no lo niego;
 mas siendo Christiana, y libre,
 como ya cumplirlo puedo?
 es imposible.

Rosim. No es,
 porque ser esclava puedo,
 siendo Christiana; y asi
 pago, Cesar, lo que os debo,
 venga vuestra hermana libre,
 que ser su rescate quiero;

y dichosa yo, que al fin
 sirvo à Estefanía en esto.
Estef. No, Rosimunda, eso no,
 yo tengo joyas, y tengo
 hacienda para sacar
 mi hermana del cautiverio,
 y para que vos quedeis
 libre, y Don Cesar contento.

Rosim. Para que vos lo quedeis,
 lo que yo digo es mas puesto
 en razon; sea yo cautiva,
 y cesen disgustos vuestros.

Rey. De tan honrada contienda
 sacaros à todos quiero;
 Rosimunda es vuestra hermana,
 Cesar.

Aurel. El Alcaide mesmo
 lo afirma, y que fue criada
 con reverencia, y respeto,
 como hija del Baxá,
 desde aquellos años tiernos
 de su prision, buen testigo
 es la sangre en vuestros pechos.

Calv. Mil veces quise decirlo
 antes de saber el cuento:
 tu hermana es?

Cesar. Cielos, no en valde,
con encontrados afectos,
admiraba en Rosimunda
la hermosura, y el respeto:
hermana del alma mia.

Rosim. Ya con los brazos abiertos
te espero, Cesar, que el alma
me reveló estos secretos.

Calv. Los botones de diamantes
se han de dar?

Estef. Sí, Calvatueno,
y ahora mejor, que ahora
sirvo à una hermana con ellos.

Cesar. Con licencia de su Alteza

tomar por mi cuenta quiero
el dar esposo à mi hermana.

Rey. Yo premiaré esos deseos.

Cesar. Pues señor, sea Federico
el premio.

Rey. Es muy justo el premio.

Calv. Casarme quiero yo mismo,
porque es mia de derecho

Dorothea. *Dorot.* Yo soy tuya.

Cesar. Y aqui dá fin el exemplo
de lo que alcanza, y merece
la muger, que por lo cuerdo
Prudente, Sabia y Honrada,
perdonad faltas, y yerros.

F I N.

Hallaràse esta Comedia, y otras de diferentes Titulos
los en casa de D. Antonio Sanz, en la Calle de
la Paz. Año de 1746.